

Reproducido en www.relats.org

**LECTURAS SOBRE
FUTURO DEL TRABAJO**

**JAMES LIVINGSTON,
“A la mierda con el trabajo”**

**Profesor de Historia en la Universidad de Rutgers en
Nueva Jersey.**

**Síntesis textual del artículo publicado en la revista Aeon, con
base en su libro “No more work: why full employment is a bad
idea”, 2016.**

Traducido por el periódico Publico de España, diciembre 2016

Entre los autores que proponen ideas sobre el futuro del trabajo, uno de los más radicales es el norteamericano James Livingston, que sigue la tradición del pensamiento que históricamente se ha enfocado directamente en la inconveniencia del trabajo remunerado.

Para ello discute la actual situación de su país, en que buena parte de la población trabajadora (casi un quinto) tiene ingresos derivados del Estado, bajo la forma de transferencias sociales.

Siguiendo esta perspectiva, Livingston se incorpora a quienes proponen un Ingreso Básico Universal.

Selección de contenidos textuales

Para los estadounidenses, el trabajo lo es todo. Desde hace siglos, creen que imprime carácter (puntualidad, iniciativa, honestidad, autodisciplina y todo lo demás).

También creen que el mercado laboral ha sido relativamente eficiente en lo que a asignar oportunidades y salarios se refiere.

Y también cree, hasta cuando es una mierda, que trabajar da sentido, propósito y estructura a sus vidas.

Estas creencias ya no están justificadas. De hecho, ahora son ridículas, porque ya no hay bastantes trabajos disponibles y porque los que quedan ya no sirven para pagar las facturas

Hoy en día, todos a izquierda y a derecha, incluyendo a Donald Trump y Bernie Sanders, pretenden solucionar el desmoronamiento del mercado laboral fomentando el “pleno empleo”, como si tener un trabajo fuera en sí mismo una cosa buena, sin tener en cuenta lo peligroso, exigente o degradante que pueda ser.

No obstante, el “pleno empleo” no es lo que devolverá la fe en el trabajo duro. La tasa de desempleo es menor al 6 %, muy cerca de lo que siempre se ha considerado “pleno empleo”, y sin embargo la desigualdad salarial sigue exactamente igual.

Trabajos de mierda para todos no es la solución.

Más de un cuarto de los adultos actualmente con trabajo cobra salarios más bajos de lo que les permitiría superar el umbral oficial de la pobreza, y por este motivo un quinto de los niños estadounidenses viven sumidos en la pobreza.

Los trabajos que se evaporaron durante la crisis económica no van a volver: el aumento neto en el número de trabajos creados desde 2000 se mantiene todavía en cero, y si vuelven

serán zombis, del tipo contingente, de media jornada o jornada cambiante, y cobrando el salario mínimo.

Subir el salario mínimo a 15\$ por hora tampoco es la solución. Aunque tenga un enorme significado ético, con este salario, el umbral oficial de la pobreza se supera solo después de haber trabajado 29 horas por semana.

El salario mínimo federal es de 7,25 \$, pero para superar el umbral de la pobreza en una semana de 40 horas, habría que cobrar al menos 10\$ por hora.

¿Qué pasa con el mercado de trabajo del futuro? ¿No se ha demostrado ya que esas voces agoreras de los maltusianos estaban equivocadas porque siempre aumenta la productividad, se crean nuevos campos empresariales y nuevas oportunidades económicas? Bueno, sí, hasta ahora.

Las proyecciones pesimistas sobre el futuro no pueden desestimarse.

¿Qué otra estructura social que no sea el trabajo permitirá resolver esto? Esta pregunta es una oportunidad intelectual: que obliga a imaginar un mundo en el que trabajar no sea lo que forja nuestro carácter, determina nuestros sueldos o domina nuestras vidas.

En pocas palabras, esto hace que podamos exclamar: ¡basta ya, a la mierda el trabajo!

Otra pregunta es ¿qué hay *después* del trabajo? ¿Qué harían las personas si el trabajo no fuera esa disciplina externa que organiza la vida, en forma de imperativo social?

¿Cómo sería la sociedad y la civilización si no hubiera que “ganarnos” la vida, si el ocio no fuera una opción, sino un modo de vida?

Esta no es una reflexión extravagante. Hoy en día, estas preguntas son *de carácter práctico* porque no hay suficientes trabajos para todos.

Más preguntas ¿Cómo se puede vivir sin un trabajo?
¿Es posible?

Más complicado, ¿es ético? Si una persona se educó en la creencia de que el trabajo es lo que determina su valor en la sociedad, ¿sentiría que hay una trampa en recibir algo a cambio de nada?

Ya se dispone de algunas respuestas provisionales porque, de una u otra manera, “todos sobran”, cobrando un subsidio.

El componente de la renta familiar que más ha crecido desde 1959 han sido los pagos de transferencia del gobierno. A principios del siglo XXI, un 20% de todos los ingresos familiares provenía de lo que también se conoce como asistencia pública o “ayudas”.

Si no existiera este suplemento salarial, la mitad de los adultos con trabajos a jornada completa viviría por debajo del umbral de la pobreza, y la mayoría de los estadounidenses tendría derecho a recibir cupones de comida.

Pero, ¿son realmente rentables los pagos de transferencia y las “ayudas”, ya sea en términos económicos o morales?

Los pagos de transferencia, o “ayudas”, han enseñado a saber diferenciar entre la obtención de un salario y la producción de

bienes, aunque ahora, cuando es evidente que faltan trabajos, hace falta replantear este concepto.

Es posible seguir avanzando en esta línea? No es tan difícil. Puede subirse el arbitrario límite de la contribución máxima a la Seguridad Social, que es 127\$, y subir los impuestos a las ganancias empresariales, revirtiendo lo que hizo la revolución de Reagan.

Con solo estas dos medidas se solucionaría el problema fiscal y se crearía un superávit económico donde ahora solo hay un déficit moral cuantificable.

Se dirá que subir los impuestos a las ganancias empresariales es un incentivo negativo para la inversión y por tanto para la creación de puestos de trabajo, o que hará que las empresas se vayan a otros países donde los impuestos sean más bajos. En realidad, subir los impuestos a los beneficios empresariales *no* puede causar estos efectos.

Hay que ir hacia atrás en el tiempo. Las empresas son "multinacionales" desde hace ya algún tiempo. En las décadas de 1970 y 1980, antes de que surtieran efecto las rebajas impositivas que Reagan impulsó, aproximadamente un 60% de los bienes manufacturados que se importaban eran fabricados por empresas estadounidenses en el exterior, en el extranjero. Desde entonces, este porcentaje ha aumentado ligeramente, pero no tanto.

La inversión empresarial o privada no genera la mayoría de los trabajos, así que subir los impuestos a la ganancia empresarial no tendrá ningún efecto sobre el empleo.

Desde la década de 1920, el crecimiento económico ha seguido aumentando a pesar de que la inversión privada se ha estancado. Esto significa que los beneficios no sirven para

nada, excepto para anunciar a tus accionistas que tu compañía es un negocio que funciona.

No hacen falta beneficios para “reinvertir”, para financiar la expansión de tu mano de obra o de tu productividad, como ha quedado claramente demostrado gracias a la historia reciente de Apple y de la mayoría de las demás empresas.

Eso hace que las decisiones en materia de inversión que realizan los directores ejecutivos de las empresas tengan solo un efecto marginal sobre el empleo.

Hacer que las empresas paguen más impuestos para poder financiar un Estado del bienestar no es un problema económico, es otra cosa, es una cuestión intelectual o un dilema moral.

Cuando se tiene fe en el trabajo duro, se está deseando que imprima carácter, pero al mismo tiempo se espera o se confía en que el mercado de trabajo asigne los ingresos de manera justa y racional.

Ahí es donde está el problema, que estos dos conceptos van juntos de la mano. El carácter puede provenir del trabajo sólo cuando se ve que existe una relación inteligible y justificable entre el esfuerzo realizado, las habilidades aprendidas y la recompensa obtenida.

Cuando se observa que el salario no tiene ninguna relación en absoluto con la producción de valor real, o con los bienes duraderos que aprecia el consumidor, entonces se empieza a dudar de que el carácter sea una consecuencia del trabajo duro.

Cuando una persona ve el lavado de dinero de los carteles de la droga, o la venta de deudas incobrables de dudoso origen,

mientras que ella tiene problemas para llegar a fin de mes aun teniendo un trabajo a tiempo completo, se aprende que la participación en el mercado laboral es irracional, y forjar el carácter una tontería, porque lo que debería hacer esa persona es convertirse en un gangster.

Se ha apostado tanto por la importancia social, cultural y ética del trabajo, que cuando falla el mercado laboral, como lo ha hecho ahora de manera tan espectacular, no puede explicarse lo que ha pasado ni se pueden encauzar las creencias para encontrar un significado diferente al trabajo y a los mercados.

Garantizar el “pleno empleo” se ha convertido en el objetivo de todo el espectro político justo cuando resulta más imposible a la par que más innecesario, casi como garantizar la esclavitud en la década de 1850 o la segregación en la década de 1950.

¿Por qué? Pues porque el trabajo lo es todo para los habitantes de sociedades mercantiles modernas, independientemente de su utilidad para imprimir carácter y distribuir ingresos de manera racional, y bastante alejado de la necesidad de vivir de algo.

El trabajo ha sido la base de casi todo el pensamiento sobre lo que significa disfrutar de una vida plena desde que Platón relacionó el trabajo manual con el mundo de las ideas.

La manera de desafiar a la muerte ha sido la creación y reparación de objetos duraderos, puesto que se sabe que los objetos significativos durarán más que el tiempo de vida. Estos objetos nos enseñan que el mundo más allá de nosotros, el mundo que existió y existirá, posee una realidad propia.

El trabajo ha sido una manera de ejemplificar las diferencias entre hombres y mujeres, por ejemplo, cuando se fusionó el

significado de los conceptos de paternidad y “sostén familiar”, o como cuando, más recientemente, se ha intentado disociarlos.

Desde el siglo XVII, se ha definido la masculinidad y la feminidad, en términos de hombre trabajador que recibe un salario por su producción de valor en el trabajo, o en términos de mujer trabajadora que no cobra nada por su producción y mantenimiento de la familia.

Por supuesto, hoy en día estas definiciones están cambiando a medida que cambia el significado de la palabra “familia” y a medida que se producen cambios profundos y paralelos en el mercado de trabajo, la entrada de la mujer es solo uno de ellos, y en las actitudes hacia la sexualidad.

Cuando desaparece el trabajo, la diferencia entre los sexos que produce el mercado de trabajo se diluye.

Cuando el trabajo socialmente necesario disminuye, lo que un día se conocía como *trabajo de mujeres* (educación, atención sanitaria o servicios) es ahora nuestra industria primaria, y no una dimensión “terciaria” de la economía cuantificable.

El trabajo relacionado con el amor, con cuidarse los unos a los otros y con aprender a cuidar de los demás (el trabajo socialmente beneficioso), se convierte no sólo en posible, sino más bien en necesario, y no solo en el interior del núcleo familiar, donde el afecto está disponible de manera rutinaria, sino también en el vasto mundo exterior

El trabajo también ha sido la manera estadounidense de producir “capitalismo racial”, como lo llaman hoy en día los historiadores, gracias a la mano de obra de esclavos, de convictos, de medieros y luego de mercados laborales

segregados. En otras palabras, un “sistema de libre empresa” edificado sobre las ruinas de cuerpos negros o un entramado económico animado, saturado y determinado por el racismo.

Nunca hubo un mercado libre laboral. Como todos los demás mercados, este siempre estuvo cubierto por la discriminación legal y sistemática del hombre negro. Hasta se podría decir que este mercado con cobertura creó los aún hoy utilizados estereotipos sobre la vagancia de los afroamericanos mediante la exclusión de los trabajadores negros del trabajo remunerado y su confinamiento a vivir en los guetos de días de ocho horas.

Y aun así, aunque a menudo el trabajo ha significado una forma de subyugación, de obediencia y jerarquización, también es el lugar donde la mayoría de la gente ha expresado su deseo humano más profundo: liberarse de autoridades u obligaciones impuestas de manera externa y ser autosuficientes.

Sin embargo, esta definición lleva adscrita el principio productivo (de cada cual según sus capacidades, a cada cual según su creación de valor real por medio del trabajo) y obliga a alimentar la idea de que nuestro valor lo determina solo lo que el mercado de trabajo puede registrar, en términos de precio.

Hasta ahora, el principio productivo ha servido como principio real que hizo que el sueño americano fuera posible: “Trabaja duro, acepta las reglas y saldrás adelante”, o “cosechas lo que siembras, labras tu propio camino y recibes con justicia lo que has ganado con honradez”, u homilías y exhortaciones parecidas que se usaban para entender el mundo.

Sea como sea, antes no sonaban ilusorias, pero hoy en día sí.

El nobel de economía Angus Deaton explicó las anómalas tasas de mortalidad que se estaban registrando entre la población blanca que habita los Estados de mayoría evangelista (*Bible belt*) considerando que habían “perdido la narrativa de sus vidas”, es decir, la fe en el sueño americano. Para ellos, la ética del trabajo es una sentencia de muerte porque no pueden practicarla.

Por esta razón, la inminente desaparición del trabajo plantea cuestiones fundamentales sobre lo que significa ser humano.

Para empezar, ¿qué propósito podría elegirse si el trabajo, o la necesidad económica, no consumiera la mayor parte de las horas que se pasan despiertos y las energías creativas?

¿Qué posibilidades evidentes, aunque todavía desconocidas, aparecerían?

¿Cómo cambiaría la misma naturaleza humana cuando el antiguo y aristocrático privilegio sobre la ociosidad se convierte en un derecho innato del mismo ser humano?

Freud insistía en que el amor y el trabajo eran los ingredientes esenciales de la existencia humana saludable.

Tenía razón, por supuesto, pero ¿podría el amor sobrevivir a la desaparición del trabajo como compañero de buena voluntad que se necesita para alcanzar la vida plena?

Hoy en día el trabajo lo es todo para nosotros, pero de ahora en adelante ya no podrá ser así.

Los principios éticos, o están inscritos y se pueden observar en las circunstancias históricas que existen de verdad, o son

prédicas cuya intención es transportarnos de la tierra al cielo y extraer a las personas del mundo que se quiere cambiar?

Como dijo una vez John Dewey: “Un ‘debería’ que no radica o florece del ‘es’, que no es la concienciación absoluta del estado actual de las relaciones sociales, no es más que un deseo piadoso de que las cosas tendrían que estar mejor”.

La Renta Básica Universal es entonces un tema a proponer.